

El mercado petrolero se transforma

JUAN CARLOS NAVARRO

El mercado petrolero internacional se encuentra en un momento de gran incertidumbre, probablemente la mayor desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Incertidumbre significa en este caso algo más que un simple estado subjetivo de desconfianza en relación a las perspectivas inmediatas de la oferta y la demanda de petróleo: se trata de una bancarrota general de todas las predicciones que en los últimos tiempos se han intentado de parte y parte respecto al comportamiento de las principales variables del mercado, y más aún de una creciente sensación de que éste se halla realmente fuera de control para cualquiera de los sectores implicados, sean los productores, los consumidores o las compañías transnacionales.

Las fallas de las predicciones en esta materia no son novedosas. Recuerdese si no el contenido de aquel célebre informe elaborado en colaboración por los más destacados expertos del mundo desarrollado en el que preveían que el precio del petróleo alcanzaría los 30 dólares para el año 2000, conocido en 1973 pocos meses antes de que se produjese el boom de los precios que habría de mantenerse hasta el año pasado de manera ininterrumpida, llevando al petróleo de la OPEP a los 34 dólares por barril. Predicciones como ésta se apoyaban en la prolongación de las tendencias del mercado en las décadas de los 50 y los 60, período en el que el firme dominio mantenido por el cartel petrolero internacional conformado por las grandes transnacionales petroleras sobre el mercado mundial había permitido estabilizar los precios en su propio beneficio y en el de los países industrializados, regulando cuidadosamente los flujos de petróleo que accedían al mercado.

Hoy puede plantearse que faltó una adecuada comprensión teórica del asunto, e inclusive una verdadera atención a una serie de fenómenos que desde antes de 1973 venían anunciando con cierta claridad que grandes cambios estaban por venir en el manejo del petróleo a escala global. La creciente homogeneidad de la OPEP apoyada en la ola de nacionalizaciones en todos los países miembros y la serie de sucesos políticos que vino aparejada no eran en lo absoluto hechos sin antecedentes o casuales. Pero no es el momento de hacer mofa de los especialistas encarga-

dos de descifrar la realidad de aquel entonces. Se trata de subrayar que hoy nos encontramos en un momento similar por lo que toca al derrumbe de las predicciones, pero probablemente más decisivo en relación al funcionamiento y perspectivas futuras del mercado petrolero y de la economía mundial en general.

A partir del mencionado boom de los precios el reino del cartel internacional dio paso al de la OPEP, organización en la que recayeron las decisiones en torno a precios durante los últimos diez años. Después de décadas de sometimiento más o menos directo a la voluntad de las compañías concesionarias, se había llegado a un ejercicio pleno de la soberanía por parte de los países productores, que de ahora en adelante y con justicia se disponían a actuar como propietarios de un bien escaso y estratégico para el mundo. La organización se acostumbró a una rutina de reuniones y conferencias en las que, más allá de algunas diferencias de criterios pasajeras, se terminaba casi siempre por aumentar el precio del petróleo al ritmo que la desmesurada demanda mundial y alguno que otro suceso político lo aconsejasen. Se produjo así una inmensa acumulación de excedentes financieros en manos de los países miembros de la organización, que comenzó a ser presentada por los dirigentes del primer mundo como la culpable exclusiva de la recesión económica mundial. Esta nueva configu-

ración del mercado petrolero llevó a todas las partes implicadas a elaborar nuevas predicciones levantadas sobre supuestos incuestionables en las nuevas condiciones: aumento sostenido de la demanda de petróleo por parte de las economías desarrolladas, permanencia de la OPEP como principalísimo proveedor mundial, etc.

Mientras tanto, no obstante, comenzaron a gestarse cambios de importancia en la configuración del mercado mundial, cambios que han llevado a una situación insólita hasta hace dos años: la OPEP se ha reunido para bajar los precios del petróleo. De nuevo hay necesidad de reformular los planes y repensar los esquemas. ¿Desaparecerá la OPEP? ¿Volverá el mercado mundial a estar bajo el control de las transnacionales? ¿Se trata de un fenómeno cíclico o de uno estructural? Preguntas como éstas se han puesto a la orden del día.

LOS ACUERDOS DE LA OPEP

Lo decidido por la Organización de Países Exportadores de Petróleo en su reunión del mes de marzo puede sintetizarse así:

— Reducción del precio del crudo marcador de 34 a 29 dólares el barril, lo que representa una disminución del 15 por ciento.

— Fijación de un tope de producción global para el conjunto de la organización en 17,5 millones de barriles diarios, lo que implica una ratificación de lo decidido en la reunión de enero.

— Asignación a cada uno de los países miembros de una determinada cuota de producción de acuerdo a sus necesidades conocidas y al imperativo de no sobrepasar el total mencionado en el punto anterior (ver recuadro).

Por lo que se refiere al primero y al tercero de los acuerdos señalados los resultados de esta reunión de la OPEP carecen de precedentes. Sólo han podido plantearse y lograrse como producto de grandes presiones que en este momento actúan sobre la organización, presiones que se resumen en una prolongada y acentuada debilidad de la demanda de petróleo a nivel mundial.

Vale la pena recordar que hace exactamente un año la OPEP se reunió para considerar los primeros síntomas de esta situación crítica, resolviendo en ese entonces un corte de producción



por un lapso de tres meses con la esperanza de que esa medida fuera suficiente para equilibrar el mercado. Pasados los tres meses, cada uno de los miembros se sintió en libertad de producir y vender petróleo a placer, lo que en nada contribuyó a aliviar la situación y ha llevado a la necesidad de decisiones mucho más drásticas al cabo de unos meses.

Los hechos concretos son más o menos bien conocidos. El momento decisivo se presentó cuando tras el último intento fallido de concertar una distribución de cuotas de producción en enero, la OPEP abrió paso a una ola de comentarios que insistentemente planteaba la disolución de la organización como tal y anunciaba el desencadenamiento inminente de una guerra de precios en el mercado internacional. En este contexto, Inglaterra rebajó el precio de sus crudos livianos de 33,50 a 30,50 dólares el barril. Nigeria, país miembro de la OPEP, en una coyuntura económica muy desfavorable y ante una caída vertical de sus exportaciones producto de una pérdida de mercados en favor de la producción del Mar del Norte, tomó la decisión de reducir en cinco dólares el precio de su petróleo, apartándose así unilateralmente del sistema de precios de la OPEP en lo que pareció constituir el principio del fin para la misma.

Ante la realidad de una guerra de precios comenzaron las intensas movilizaciones de los países árabes del Golfo Pérsico y de Venezuela en busca de una solución de emergencia que evitara daños mayores. El resultado de varias semanas de arduas conversaciones y de una larga reunión en Londres fueron los acuerdos arriba reseñados. Los problemas políticos internos de la OPEP (lucha por la hegemonía árabe, conflicto por el predominio en el Golfo Pérsico, guerra Irak-Irán) pasaron a un relativo segundo plano ante la posibilidad cierta de una anarquía en el mercado que perjudicaría a todos en un grado impredecible; Nigeria por su parte ha cedido a cambio de una amplia cuota de exportación y un voto de confianza en la futura actitud de Inglaterra, país que como veremos tiene también sus motivos para no jugar ilimitadamente a la baja de los precios.

QUE HA PASADO EN EL MERCADO

Detrás de todos estos sucesos se encuentra la mencionada circunstancia de debilidad de la demanda de petróleo, a la que subyacen una serie de factores

que conviene traer a colación:

— En primer lugar la prolongación de la recesión a nivel mundial que, al mantener el nivel de actitud económica deprimido, conlleva una reducción importante del consumo de energía. Contra las expectativas, el año pasado no fue el de la recuperación de las economías industrializadas, especialmente la de Estados Unidos.

— La entrada en el mercado de una serie de nuevos productores importantes, notablemente México y los llamados productores del Mar del Norte, que hoy por hoy arrojan al mercado internacional tres millones de barriles diarios. Estos productores han hecho su irrupción en el mercado disputando a algunos productores de la OPEP sus tradicionales clientes.

— Actúa también en el mismo sentido el ascenso de la producción doméstica de los EE.UU., hecha posible en buena parte gracias al desarrollo de los yacimientos de Alaska. Adicionalmente los stocks de crudo y de todos los derivados han venido descendiendo en los EE.UU. a un ritmo promedio superior a 1.200.000 barriles diarios desde el principio de 1982. Así, las importaciones de crudo de los Estados Unidos en febrero de 1982 fueron las menores en 11 años y el gasto en petróleo importado ha decrecido de 48 mil millones de dólares en 1979 a 37 mil millones en 1982.

— La sustitución de energéticos adelantada por los países desarrollados, en favor de fuentes de energía que con el encarecimiento del petróleo se convierten en rentables o simplemente com-

petitivas en algunos aspectos, por más que ninguna por sí sola alcance la versatilidad del petróleo: carbón, energía nuclear, etc.

— Drásticos cortes en el consumo provocados por duras medidas de austeridad y conservacionismo energético por parte de los países industrializados.

— A todo esto debe añadirse, en estrecha relación por lo demás con algunos de los puntos anteriores, la acción de la Agencia Internacional de Energía, organismo creado por las naciones desarrolladas con el objetivo explícito de hacer frente a la OPEP, y que ya desde 1974 estableció una definida estrategia de debilitamiento de la misma a través de una cada vez menor dependencia de los grandes consumidores respecto al crudo de la organización, y una participación decreciente de la misma en el abastecimiento al mercado internacional. Si la demanda de petróleo de Occidente puede estimarse en 44 millones de barriles diarios, la OPEP proporciona hoy por hoy apenas 14 millones de barriles, después de haber alcanzado un nivel de exportación cercano a los 30 millones en 1979. Esta reducción del orden del 50 por ciento se refleja en las cifras de producción de la OPEP (ver gráfico).

Los anteriores factores se entrecruzan en líneas causales complejas que aún están por desentrañarse, pero unos más, otros menos, han llevado a lo que parece ser un replanteamiento de la manera en que funciona el mercado mundial de petróleo. Aunque aún es muy temprano para establecer nada con seguridad, pueden tal vez adelantarse algu-

	Producción 1979 (millones de b/d)	Producción Real febrero 1983 (millones de b/d)	Producción Acordada Londres, marzo 1983 (millones de b/d)
Arabia Saudita	9,532	4,200	5
Nigeria	2,302	0,650	1,3
Libia	2,092	0,950	1,1
Argelia	1,154	0,750	0,725
Gabón	0,203	0,170	0,15
Irán	3,168	1,900	2,4
Irak	3,477	0,800	1,2
Emiratos Arabes	1,831	1,200	1,1
Qatar	0,508	0,300	0,3
Venezuela	2,356	1,900	1,700
Indonesia	1,591	1,200	1,3
Kuwait	2,500	0,700	1,05
Ecuador	0,209	0,200	0,2
TOTAL	17,525	30,923	17,525

nas hipótesis en relación a cuál es la naturaleza de esta nueva forma de ser del mercado.

COMO QUEDAN Y COMO QUEDAMOS

Si uno de los rasgos más llamativos de la situación que comienza a perfilarse es el debilitamiento, por lo menos relativo, de la OPEP, no debe cometerse el error de concluir que lo que está planteado es un regreso a los años 60, con unas compañías y unos países consumidores actuando como supremos y exclusivos rectores del flujo de petróleo y de su precio: el control de la producción ya no está en sus manos y su antigua unanimidad de intereses y criterios no es ahora tan sólida como antes.

El que la OPEP está debilitada significa básicamente que de ahora en adelante no podrá contar con una permanente situación de exceso de demanda, por lo que su poder para fijar los precios mediante decisiones unilaterales se verá seriamente disminuido; que no podrá mantener una actitud pasiva frente al mercado sino que tendrá que llevar a cabo una activa defensa de sus clientes frente a otros productores no-OPEP; y que deberá considerar parte normal de sus actividades la vigilancia y el control sobre los niveles de producción de sus miembros so pena de ponerse a sí misma una soga al cuello. Todo esto pasa por una redefinición importante del funcionamiento de la organización y por una ampliación de la infraestructura de información e investigación sobre la cual se toman las decisiones, aparte de una

capacidad para mantener los intereses políticos particulares de sus miembros en un lugar de subordinación respecto a sus intereses generales. Como se ve, nada fácil, pero tampoco nada imposible si se tiene en cuenta que el último acuerdo implica el cumplimiento de precisamente estas condiciones.

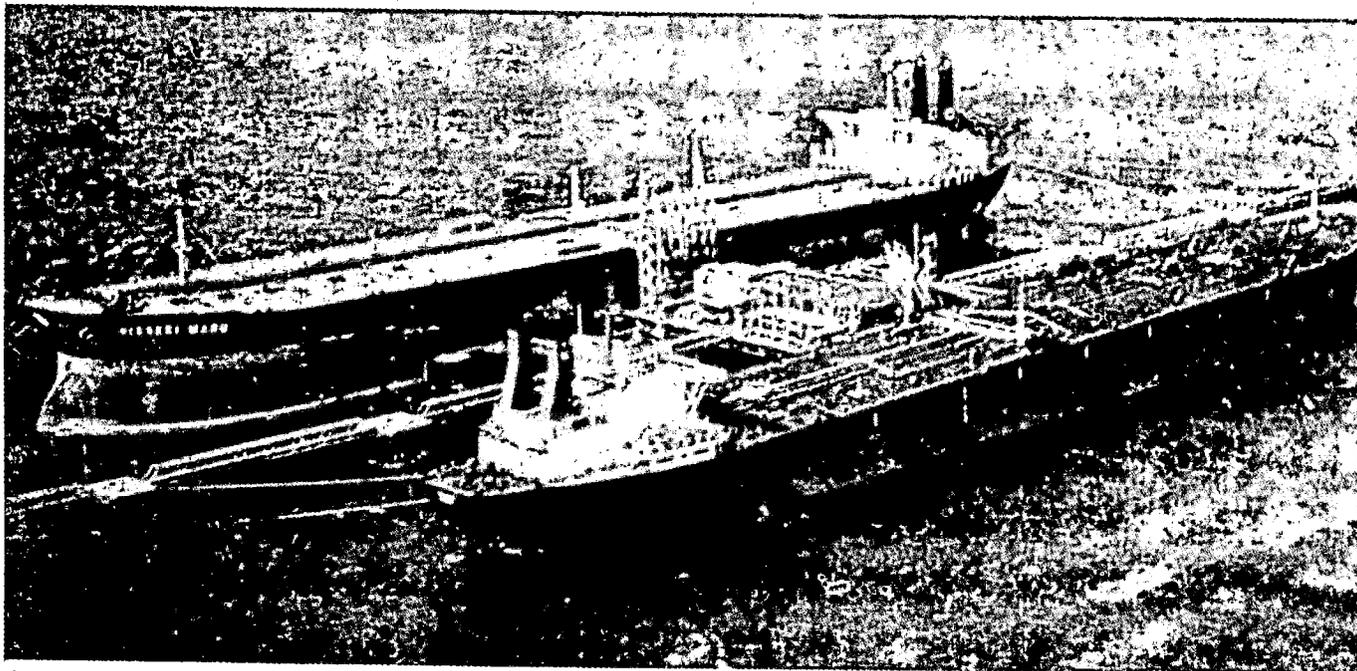
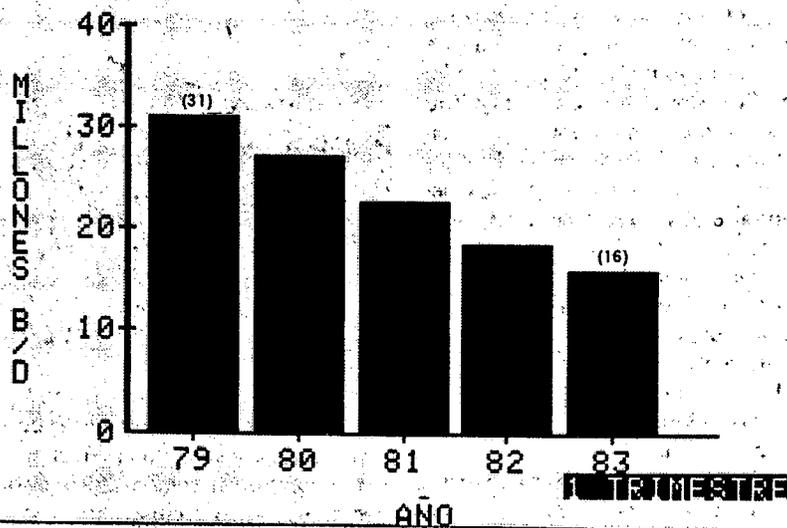
El mundo desarrollado, mientras tanto, parecería tener motivos sobrados para estar de fiesta: La OPEP no está destruida pero sí lo suficientemente golpeada y en lo inmediato los precios de la energía se han abaratado.

Curiosamente, los que desde el mundo desarrollado miran con mayor atención y seriedad la actual situación

del mercado, están lejos de participar de este optimismo desbordante promovido por una consideración ligera, revanchista y en definitiva irresponsable de la situación presente. ¿Paradójico? Puede ser, pero hoy por hoy la tan temida guerra de precios provocaría tantas bajas en las filas del primer mundo como entre las de la OPEP. Para decirlo con las palabras de un comentarista internacional, el problema se reduce a que si no la OPEP ¿entonces qué?

Algunos datos pueden ilustrar lo que venimos diciendo. Si el precio del petróleo se saliese de control y bajase más allá del límite de los 25 dólares por barril, sucederían casi con seguridad

PRODUCCION DE LA OPEP



varios de los siguientes fenómenos:

— Buena parte de la explotación del Mar del Norte dejaría simplemente de ser rentable, pues su operación y desarrollo en alta mar y en medio de pésimas condiciones climáticas requieren de inversiones de una magnitud incomparablemente superior a las precisas en cualquier país de la OPEP, e incompatibles con niveles de precios demasiado alejados de los actuales; algo similar podría pasar a otras explotaciones en áreas hostiles:

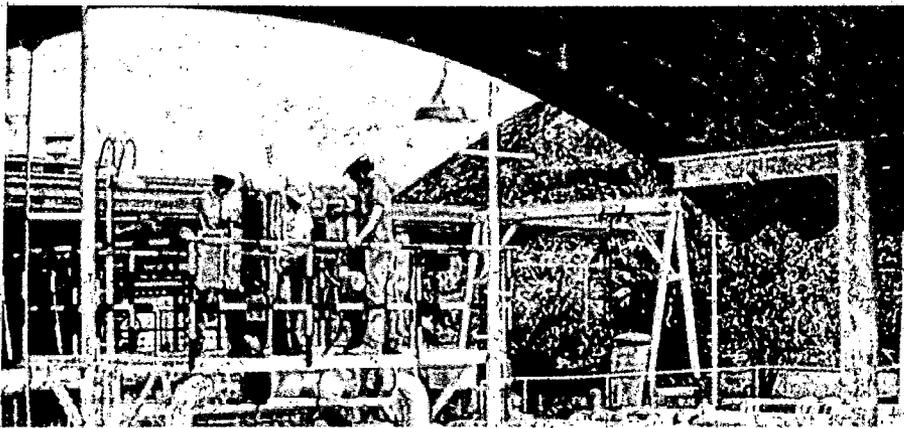
— Lo mismo sucedería a la mayoría de los proyectos de investigación sobre alternativas energéticas, en los cuales las corporaciones y los gobiernos de los países industriales han comprometido ingentes recursos.

— El mercado financiero internacional resultaría desquiciado por la acción simultánea de varios factores:

* En primer lugar algunos países petroleros con una muy elevada deuda externa tendrían problemas prácticamente insalvables para cumplir sus compromisos internacionales (caso de México y probablemente de Venezuela), lo que expondría a la banca internacional a perder buena parte de los 40.000 millones de dólares que en este momento tienen prestados a países en esta situación.

* En segundo término podría sucederle otro tanto a las compañías petroleras, a las que los grandes bancos han prestado cerca de 35.000 millones de dólares en el supuesto de que sus actuales ganancias extraordinarias han de mantenerse, y de que tiene sentido invertir en exploración y producción de petróleo prácticamente en cualquier lugar donde éste exista.

* Además, aun los países abiertamente excedentarios de la OPEP, por lo que toca a la relación de sus ingresos petroleros con sus necesidades internas de gasto e inversión, comenzarían a acudir a sus reservas en bancos norteamericanos y europeos, tal como ya por lo demás han comenzado a hacer, creando alarma en los medios financieros afectados. Así, cuesta imaginarse lo que representaría para la gran banca el que Arabia Saudita decidiera retirar de sus cuentas los 150.000 millones de dólares que actualmente mantiene en ellas, o que Kuwait hiciera lo propio con sus 50.000 millones. El cuadro recibiría una complicación adicional al endurecerse aún más, como consecuencia de los factores anteriores, el mercado internacional de préstamos en medio de una coyuntura crítica como la actual.



En una circunstancia como la descrita, un mercado anárquico no conviene a muchos, y si las compañías no pueden evitar por sí solas un descenso del precio, qué otro recurso queda sino la OPEP para intentar mantener un mínimo de control sobre las fluctuaciones del mercado. Solamente es un hecho como éste el que ha llevado a México, hasta ahora reacio a ligar sus decisiones en materia petrolera a las de la OPEP, a comprometerse en un momento de emergencia como éste a acompañar a la organización en sus determinaciones. Y es también solamente este hecho puro y simple el que está detrás de la aparente voluntad de Inglaterra de no sabotear expresamente los recientes acuerdos de la organización rebajando de nuevo sus crudos en forma drástica, y no ninguna veleidad solidaria inexplicable por la demás en una nación perteneciente por todos los conceptos al bando contrario al de la OPEP y que de hecho no ha dejado de recibir presiones de sus aliados naturales para bajar los precios.

Lo dicho resulta el mejor aval a la OPEP como organización con futuro y que guarda sentido para los que, como Venezuela, permanecen en ella. No son motivos sentimentales los que están detrás de tal permanencia sino duras realidades. Absurdas son las apreciaciones según las cuales Venezuela se habría sacrificado en Londres, y mucho más el que nuestro país habría salido perjudicado al serle impuesta una cuota de producción injusta o inferior a sus necesidades.

Si Venezuela debió ceder desde 1.800.000 barriles diarios de producción a los que aspiraba hasta los 1.700.000 barriles que en definitiva se le asignaron, piénsese en que otros miembros obtuvieron proporcionalmente bastante menos de aquello que inicialmente pretendían, que las actuales cifras de producción de Venezuela no son incompatibles con el

acuerdo (la producción de la tercer semana de febrero fue de 1.664.000 barriles diarios), aun teniendo en cuenta que el mercado interno absorbe cerca de 350.000 barriles diarios, y piénsese por último en lo que hubiese sucedido si por la intransigencia de Venezuela se impide el logro del acuerdo y se desencadena la tan temida guerra de precios, que con seguridad habría redundado en un perjuicio mucho mayor para el país.

TODO ES HIPOTESIS

Bien puede ser que las tendencias a un reacomodo del mercado mundial queden en eso, en tendencias.

Quizás los países miembros de la OPEP sean incapaces de resistir las presiones internas derivadas de ritmos exacerbados e inelásticos de gastos e inversión, y terminen por echar por tierra los últimos acuerdos. Sobra decir que esto, lejos de solucionar sus urgencias financieras, las agravaría con seguridad.

Tal vez los países desarrollados deslumbrados por la nueva energía barata aumenten desmesuradamente su consumo energético y se coloquen en breve lapso en una nueva situación de dependencia respecto a la OPEP. Ya se conoce sin embargo la voluntad de los gobiernos europeos de no trasladar en su totalidad a los consumidores directos las rebajas de precios.

Pero si la guerra de precios ha de ser evitada, y parece haber intereses lo suficientemente fuertes de lado y lado como para que lo sea, una nueva estructura de control sobre el mercado tenderá a aparecer bajo formas aún difíciles de precisar, tales como un posible acuerdo a gran escala entre consumidores y OPEP, estructura que necesariamente ha de incorporar el punto de vista de la organización como elemento principal.